

UN POETA QUE ES MAESTRO, Y VICEVERSA

En el siglo XVII, Venecia era la música en su totalidad (los gondoleros se saludaban entre sí mediante canciones; los mendigos pedían limosna con música; las madres reprendían a sus hijos con versículos llevados a la música; el término musical de "barcarola", del que Chopin y Mendelssohn dejaron piezas modelo, se refiere precisamente a las barcas venecianas, depósitos acuático-musicales en voz de los gondoleros). Antonio Lucio Vivaldi fue venerado en su natal Venecia. Es de imaginarse la expectación que provocaban sus presentaciones. El público agotaba los recintos, y durante varios días no había más tema de conversación. Pero en la misma medida practicaba las trampas, malversaciones, engaños a que eran tan afectos los mercaderes venecianos (recuérdese a Boccaccio, alimentado por la lengua indiscreta de Petrarca; o piénsese en Shakespeare). Es decir Vivaldi era la Venecia encarnada, y, cuando menos hasta 100 años después de la muerte del cura pelirrojo, no era posible pronunciar su nombre sin que a la mente acudieran los canales venecianos.

¿Qué es un hombre si no lo que sus maestros fecundan en él?, y a esta interrogante podría agregarse: ¿el alumno se acerca al maestro en quien su intuición le permite antever luz y camino?, o es a la inversa: ¿el maestro arroja al alumno en quien intuye disposición para el aprendizaje, o, más que eso, afinidad en ciertos derroteros de la vida, más allá de la enseñanza? Estas preguntas me asedian por la figura de un hombre a quien le debo mucho —y a quien cada vez veo menos: Enrique González Rojo. Nieto de Enrique González Martínez e hijo de Enrique González Rojo (también poeta, perteneciente a Los Contemporáneos), Enrique, nacido en 1928 y autor de una obra vasta y granítica en lo que compete al ensayo y la poesía, acaso es una de las figuras más insospechadas de la literatura mexicana de nuestros días. Enemigo de aceptar dádivas,

de alternar en las marquesinas literarias —a que son tan proclives los enanos de espíritu—, Enrique vive entregado a una de sus muchas pasiones: escribir (la otra es tocar el piano, que él acomete en la intimidad). Porque no hay poder humano que lo detenga. Con editorial o sin editorial que lo respalde, brincándose todas las normas glamurosas que hacen que un poeta sea considerado un poeta, Enrique González Rojo no cesa en su intento de darle forma a su pensamiento y su corazón vía la palabra escrita. Tengo en las manos su más reciente libro: *Venus en el laberinto* (edit. Casa Maya de la Poesía), y redescubro al artista cuya obra me marcó en mis albores literarios —como a tantos jóvenes de aquella época (1977, 1980) y que hoy muchos le dan la espalda—, el mismo Enrique que ha llevado la metáfora hasta límites inexplorados, y, si no, léase el poema “Pasión viajera”: *Nuestro amor no mide el tamaño de una almohada/ No es tampoco una alcoba/ una mansión un palacio/ o un jardín de delicias/ que le sacuda a nuestras alas/ todo hormigueo de cielo./ No. Es tan sólo un camino/ una brújula encinta de episodios/ el derrotero inventado a cada instante/ por la pasión viajera que rehúye/ detenerse en un punto/ tender su tienda en una costumbre/ amueblar un prejuicio/ y tener solamente una morriña/ de gerundios de esos/ que se hacen de un cayado al disponerse/ a conjugar su polvo itinerante./ Hemos vivido todo./ Nada humano/ ni bestial ni celeste nos es ajeno./ Pero en esa transformación/ en esa sabiduría/ en ese pacto con dioses de manga ancha/ decidimos recorrer juntos el camino/ juntos con la palabra siempre/ sin separarnos un ápice/ con nuestros corazones tomados de la mano.* Pero estaba yo hablando de lo que un hombre debe a otro hombre, el viejo y sobado tema de la gratitud, que tanta urticaria causa. ¿Cómo no guardarle agradecimiento a quien tuvo la paciencia de leer mis bodrios y recomendarme lecturas, pero, más, mucho más que eso, tomar mis textos y corregir línea por línea? ¿Cómo no evocar con respeto a quien se dio a la tarea de pulir un guijarro de río sin posibilidad alguna de mejorar? ¿Qué maestro hace eso? Enrique tuvo esa visión y esa paciencia. Yo no le di nada a cambio. Sigo estando en deuda.